

Fiesta de San Sebastián
20 de enero de 2025

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos la festividad de este guerrero de Dios, Sebastián, mártir del siglo III, que supo dar testimonio de Jesús sin renunciar a la fe cristiana. Conocemos algunos antecedentes biográficos que vale la pena recordar brevemente. Nació hacia el año 256 en Narbona, al sur de lo que es hoy Francia y que en ese tiempo pertenecía al Imperio Romano. Cuando joven, se alistó en las tropas imperiales. Gran éxito tuvo su carrera militar, llegó a tener un alto rango dentro de las milicias del emperador Diocleciano, quién implementara una de las más grandes persecuciones en contra de los cristianos.

Aprovechando su alto cargo, rescató a muchos cristianos y los protegió. Sebastián, mantenía su fe cristiana oculta, hasta que no tardaron en descubrirla, lo que le valió el enojo del emperador quién lo sentencia a muerte de flecha. La historia nos indica que luego de haber recibido aquel castigo, su cuerpo desnudo y traspasado quedó amarrado al tronco que lo sostenía. Sus verdugos no se percataron de que había quedado con vida, mientras sus compañeros cristianos lo desataron dándose cuenta de que aún estaba vivo. Lo condujeron a una curandera que cuidó de él y sanó.

Sebastián siguió predicando a Cristo y buscando el bien de sus hermanos. Con un celo encendido de amor por Jesús, fue a Roma a fustigar al Emperador por su trato cruel con los cristianos lo que provocó su ira enviándolo a azotar hasta la muerte. Así, Sebastián, el guerrero de Dios, muere derramando su sangre por amor a Cristo y a sus hermanos en el año 288 d.C.

En la vida de San Sebastián, tiene cumplimiento lo que escuchamos en el evangelio de hoy (Mt. 10, 28-33) un llamado a no tener miedo. Los seguidores de Jesús no deben tener miedo, sino una profunda confianza en el poder de Dios que fortalece y anima en el propósito de confesar la fe en Cristo el Señor. En San Sebastián “resalta la confianza en Dios, la perseverancia en el cumplimiento del deber y el testimonio de Jesucristo”.

La confianza es un valor fundamental en las relaciones sociales. Ella, nos permite creer que una persona o un grupo actuará de manera adecuada en tal o cual situación. Es una emoción positiva que libera del prejuicio y que ofrece paz interior. Lo contrario es la desconfianza, que instala la duda, que no deja tranquilo y que facilita los

pensamientos obsesivos. La experiencia de estos tiempos nos dice que la confianza no nos resulta tan natural. En la encuesta Bicentenario del año pasado, aparecieron resultados preocupantes. Apenas dos de cada diez chilenos (19%) estiman estar ‘de acuerdo’ o ‘muy de acuerdo’ con que se puede confiar en la mayoría de las personas, mientras que más de la mitad (54%) no lo cree posible. La desconfianza hacia el resto está más presente entre los adultos mayores (61%) y en la población de menores recursos (63%). Hay una fuerte desconfianza en los políticos, en la justicia y en las instituciones. Confiar en otros es un indicador base de la cohesión social. Y es sintomático de esto que la gente tiene cada vez menos vecindad y asociatividad. “Vivimos cada vez más atomizados por la irrupción de las nuevas tecnologías que nos aíslan de lo global y erosionan lo colectivo”. Resulta vital preguntarnos sobre qué nos conecta y en qué nos conectamos.

Asimismo, la perseverancia no nos resulta tan fácil en una cultura donde se desecha tan fácilmente lo que no nos resulta o lo que no nos sirve. Cuesta perseverar en los proyectos vitales que necesitan de tiempo y paciencia. La perseverancia no es sinónimo de obstinación o terquedad. Estas últimas actitudes, tienen que ver más con la frustración mal gestionada o un egocentrismo inseguro. En cambio, la perseverancia es fruto del amor.

La perseverancia contiene una cuota de martirio. Para ser perseverantes hay que aprender a morir. Morir a tener el control de todo. Morir a creerse superior a los demás. Morir al individualismo egoísta. Morir a la frivolidad, a la superficialidad y a la vanidad. Morir al doble estándar y a la mediocridad. Al contrario, la perseverancia favorece el aprendizaje compartido, fortalece el corazón en busca de mayor profundidad espiritual. La perseverancia despierta la belleza del alma. La perseverancia refuerza la sed de justicia y paz.

Una vida como la de San Sebastián es contracultural. Lo fue en su tiempo y lo es hoy, ante amenazas tan severas como las de antaño que tratan de socavar la integridad de la fe, como son aquellos colonialismos ideológicos y culturales, llamados así por el Papa Francisco, y que tienden a imponerse de manera tan agresiva. Es allí donde el cristiano está llamado a dar testimonio, el martirio, que muchas veces surge como la única medicina a climas tan adversos. Pareciera ser que, a mayor persecución y martirio, más conversiones surgen. Y es que el martirio contagia amor, entrega y vida.

San Sebastián nos regala su ejemplo para ser imitado y lo podemos hacer renunciando a colocarnos en el centro poniendo más a Jesús en nuestro propio corazón y en el

corazón de la comunidad. También lo podemos imitar dándonos más a los demás, siendo generosos, sirviendo a los pobres, colaborando en la construcción de un mundo más humano y fraterno. Lo podemos hacer decididamente en la medida en que aprendamos a morir a la sola satisfacción de nuestras necesidades para atender a las necesidades de los demás, especialmente de los que más sufren. Lo podemos hacer privilegiando los proyectos comunes por sobre los particulares

Felices ustedes, si tienen que sufrir por la justicia. No teman, ni se inquieten, por el contrario, glorifiquen en sus corazones a Cristo, el Señor. A él la Gloria y el honor por los siglos de los siglos. Amén.